BÁRCENA DE PIENZA

En el abierto y plano Valle del río Trueba, rico en aguas y pastos, se encuentra Bárcena de Pienza, a 8 km de Medina de Pomar, en dirección norte, ligeramente al margen de la carretera que lleva hasta Bilbao. Son tierras de la merindad de Montija, donde debió existir en época altomedieval una localidad llamada Pienza que dio el apellido a Bárcena, Quintanilla y Revilla, lugares muy cercanos. No lejos debió alzarse también un castillo del que quedan algunas evidencias toponímicas y arqueológicas.

Rastrear su pasado histórico presenta en primer lugar la dificultad de que el nombre de Bárcena es muy frecuente en la documentación de la época y no siempre resulta posible averiguar a qué sitio corresponde. Así ocurre con las frecuentes menciones en la colección diplomática de San Millán de la Cogolla, donde tan sólo en una ocasión podemos identificar claramente Bárcena de Pienza. Se trata de una carta fechada en 1007 según Ubieto, o en 1009 según Serrano –e incluso en 1022, según opina Sáinz de Baranda–, en la que el conde Fernando Ermenegíldez y su hermano Muño entregan el monasterio de los Santos Emeterio y Celedonio de Taranco a San Millán, acompañado de todas sus posesiones, entre las que se citan *Pienza, cum suis villis, scilicet Barcena, cum Antuzanos et Mingon, nostra pertinencia cum omni integritate*. Por su parte Ángel Villasante –y quizá el propio Serrano– no duda en situar aquí el monasterio de San Juan y Santa Engracia de Bárcena que en el año 864 dona el conde Diego Rodríguez a San Félices de Oca, sin reparar que el propio documento da unas referencias topográficas como *illo vado usque ad illo roio qui descendit de Salvata* o también *illa via publica qui discurrez de Salvata apud Salvanton*, lugares que han de identificarse con la Sierra Salvada, que separa el valle burgalés de Losa y el alavés de Ayala. En similar error de ubicación cayó Antonio Linage Conde, que llama a este monasterio San Juan de Bárcena de Ángulo, sin darse cuenta tampoco que tanto

Restos de la antigua parroquia de Bárcena de Pienza

éste como otros cenobios que van en el mismo lote *sunt in loco vocabulo sub Angulo*, es decir, al pie del pico de este nombre, asimismo en los confines de Burgos y Álava, a unos 25 km en línea recta de Bárcena de Pienza.

Tampoco está nada claro que alguna de las distintas Bárcenas citadas en la carta de fundación del monasterio de Oña, en 1011, se refiera a ésta, por más que Julián García Sáinz de Baranda y Ángel Villasante –que siguen a Yepes– así lo entiendan. Lo mismo ocurre con un cenobio dedicado a Santa Eulalia que ubica aquí Nicolás López Martínez y que según el autor en 1084 ya era priorato de Oña, basando el argumento en una carta de donación que hacen a la casa oniense el abad Juan de "Santa Eulalia de Barcina" y su madre Faquilo. Pero de nuevo creemos que hay una confusión de lugares, en este caso con Barcina de los Montes, lugar mucho más cercano a Oña. Desgraciadamente se ha perdido el documento, del que tenemos constancia por la noticia que da Yepes, pero tampoco tenemos mayores evidencias de la presencia de Oña en nuestra población. Asegura el mismo Nicolás López que fueron esos monjes benedictinos, como tutores de ese presumible priorato de Santa Eulalia, quienes levantarían la iglesia románica cuyas ruinas se alzan hoy en el cementerio de Bárcena de Pienza, una hipótesis que por supuesto carece de la más mínima base documental.

Nuevas dudas de identificación se las plantea Juan del Álamo en el documento fechado en 1208 en el que doña Sancha Jiménez entrega a Oña el monasterio de Santa María de Mave y otra serie de bienes, nombrando *in Uarzena, quantum habeo populatum et heremum, in monte et in fonte*, un lugar que para ese autor puede ser cualquiera de las Bárcenas de Cantabria o incluso la que nos ocupa.

Una vez más surgen los problemas al interpretar los lugares a que se refiere un privilegio de la catedral de Burgos por el que Alfonso X, en 1274 exime de portazgo en el reino a los vasallos del obispo que viven en Santa Cruz y en Bárcena. A este respecto cabe recordar que, según sostiene Nicolás López, hubo un antiguo monasterio llamado de Santa Cruz y situado en Antuzanos, despoblado entre Gayangos y Barriosuso, pero ni siquiera con esta coincidencia de nombres podemos pensar en que la carta se refiere a esta zona, pues no hay mayores noticias de que el obispo de Burgos tuviera aquí vasallos.

Ya sin duda alguna, a mediados del siglo XIV, según el *Libro Becerro de las Behetrías*, Bárcena de Pienza era lugar solariego de Lope García de Salazar, aunque se registra también la presencia de numerosos renteros: la "casa de Ribiella", Pedro Fernández de Angulo, "unos escuderos" que llevaban un solar poblado, por el que percibían cuatro almudes de trigo y seis maravedís, otro solar que tenía "la lanpara de Sant Llorente de la Cuesta" y finalmente un solar poblado más era del monasterio de San Millán de la Cogolla, "e danle XII dineros de yantar e ocho de fumo e seis huebras en el anno quando ge las demandan". A finales de la Edad Media, concretamente en 1462, entró a formar parte del dominio señorial el hospital de la Vera Cruz de Medina de Pomar, por donación de don Pedro Fernández de Velasco. Mucho más tarde, ya en el siglo XVIII, el *Catastro del Marqués de la Ensenada* añade a los tradicionales propietarios la presencia de la abadía de Tabliega.

Tradicionalmente zona ganadera, la bondad de sus pastos hizo que al menos hasta el siglo XIX fueran utilizados por pastores pasiegos, que levantaban aquí sus cabañas de verano, según cuenta Madoz.

Texto y Foto: JNG

Bibliografía

ÁLAMO, J. del, 1950, t. I, docs. 81, 375 (nota 7); GARCÍA SÁINZ DE BARANDA, J., 1950 (2002), pp. 124-125; LINAGE CONDE, A., 1973, t. III, pp. 83-84; LÓPEZ MARTÍNEZ, N., 2001, pp. 70, 74-75; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 68; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1981, t. II, pp. 458-459; PEREDA LLARENA, F. J., 1984a, doc. 115; SERRANO PINEDA, L., 1930, docs. 9, 77; UBIETO ARTETA, A., 1976, doc. 131; VILLASANTE ORTEGA, Á., 2001, pp. 12, 35, 79-87.

Iglesia de San Vitores

LOS RESTOS ROMÁNICOS QUE SE conservan en esta localidad se reparten en dos edificios: la iglesia parroquial de San Vitores y el maltrecho ábside que se alza en el cementerio.

La actual iglesia parroquial, bajo la advocación de San Vitores –martirizado en Cerezo de Riotirón–, se encuentra en el sector occidental del disperso caserío. Es una pequeña y modesta construcción que debió levantarse allá por los siglos XVII o XVIII como ermita, pues una visita episcopal de 1744 así la considera. Por esas fechas la parroquia se hallaba apartada del pueblo, en el lugar donde hoy se halla el cementerio, donde se conservan restos del viejo templo románico que más adelante analizaremos. La lejanía de esa antigua parroquia y su deficiente estado provocaron el traslado a la que hasta entonces era ermita de San Vitores.

Canecillo con músico

El edificio es rectangular, con cabecera no diferenciada de la nave, rematado todo por una espadaña a los pies, con portada al sur precedida de un pórtico de traza muy popular. Toda la fábrica es moderna, aunque en el muro occidental o conservadas en el interior encontraremos algunas piezas que se remontan a época románica.

En el hastial de poniente, en el exterior del templo, se puede contemplar un canecillo labrado en caliza blanca que representa a un músico sentado, tañendo un rabel de cuatro cuerdas. No es una pieza de mala calidad, con los rasgos faciales trazados con cierto detalle.

En el interior se conserva un tosco capitel angular, suelto, hecho en arenisca y perteneciente con toda probabilidad a una ventana. Mide 30 × 17 × 27 cm y en el mismo bloque se hallan tallados la cesta y el cimacio, éste achaflanado y aquélla con dos cabezas humanas, una ocupando el ángulo y otra arrinconada en un lateral, tras la anterior, aunque las dos miran en la misma dirección.

Mucho más interesante es un relieve de 115 × 52,5 × 24 cm, hoy guardado dentro del templo pero que hasta hace unos años se conservaba en el pórtico de este mismo edificio, empotrado sobre el dintel de la puerta de la escalera que sube al campanario, donde lo vio Pérez Carmona, quien entendió que era una escena de Cristo con otro personaje. Tallado en arenisca de grano muy fino, presenta un relieve muy plano, representando en realidad el pasaje de la Visitación, donde las dos mujeres están sentadas sobre un sitial de estructura torneada, con respaldo, sobre una base de cuatro arquillos de medio punto. La Virgen adopta una posición frontal, con las manos sobre sus rodillas, en actitud muy hierática. El manto está bordeado por unos pliegues ondulantes, mientras que la túnica cae pesadamente, recta, con pliegues en zigzag en la base, bajo los que asoma el puntiagudo calzado. Aunque su cabeza está bastante destrozada, se aprecia cómo el cuello y cabello están cubiertos con ceñida toca, tras la cual se dispone el disco del nimbo. A su lado izquierdo, Santa Isabel se gira para dedicarle toda su atención, posando su mano izquierda sobre el hombro de la futura Madre. Sus vestiduras y el tratamiento de los paños siguen una tónica similar, aunque ahora el manto cae por delante en geométrico pliegues paralelos, casi como incisiones. Sobre los dos personajes se conserva parcialmente la imagen del Espíritu Santo.

A juzgar por el remate de los laterales, da la impresión de que era una pieza exenta, o en todo caso adosada a la pared, pero no embutida, aunque es difícil pensar que no estuviera acompañada de otras escenas del ciclo de la Navidad. En cuanto a su disposición original –al margen

Capitel de ventana

de que pudiera venir de la antigua parroquia– caben múltiples posibilidades, aunque lo más lógico es que tuviera que ver con una portada o pórtico. A este respecto no podemos por menos que recordar los paneles que aparecen en La Cerca y en Butrera, aunque la escultura nada tenga que ver. Cabe reparar igualmente en los que decoran las esquinas del claustro de Silos, la mayor parte de los cuales presentan un relieve de similares características, con unos paños muy planos, aunque éste es el único punto de semejanza, puesto que nuestra pieza está muy lejos de la calidad silense. Su cronología puede cifrarse en las décadas finales del siglo XII.

Románica es también la pila bautismal, conservada en la sacristía y que con toda probabilidad procede de la vieja parroquia, como ocurría con las otras piezas descritas. Está tallada en el mismo tipo de piedra que el relieve anterior, formada por un vaso troncocónico de 80,5 cm de altura y

Relieve de la Visitación

Pila bautismal

127 cm de diámetro. Las aristas interna y externa de la embocadura están recorridas por el típico bocel, mientras que la decoración se limita a una sencilla cruz procesional, con su astil, en relieve.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

BILBAO LÓPEZ, G., 1996a, pp. 53, 76, 271; PÉREZ CARMONA, J., 1959 (1975), p. 233; VILLASANTE ORTEGA, Á., 2001, pp. 12, 80-81, 83.

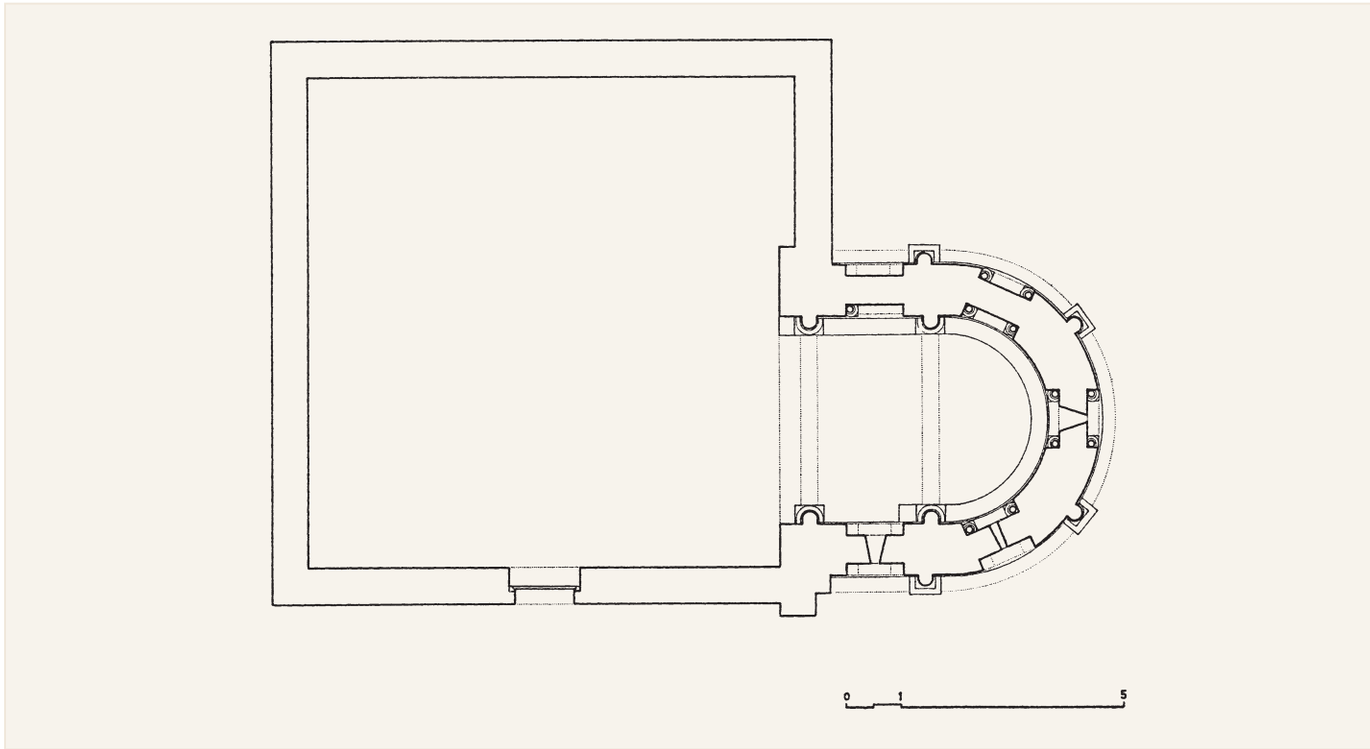
Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción (cementerio)

FUE LA VIEJA IGLESIA PARROQUIAL, que se alzaba a unos 300 m –a seis minutos dice Madoz– al noreste del núcleo urbano de Bárcena, en una zona llana que forma una isleta entre el río y el cuérnago de un molino. La lejanía, el estado de ruina y las crecidas invernales que anegaban el entorno, hicieron que los vecinos solicitaran en 1791 al visitador del arzobispado permiso para demolerla y levantar una nueva en el centro del pueblo. Fue concedida licencia para ello, pero parece ser que a mediados del siglo XIX aún seguía siendo la parroquia.

Del edificio románico se conserva completa la cabecera y parcialmente los muros de la nave, suficientes para mostrarnos que fue un edificio de reducidas dimensiones, levantado en su totalidad a base de sillería arenisca, aunque algunos elementos ornamentales –canes y capiteles– parecen estar hechos en caliza blanca.

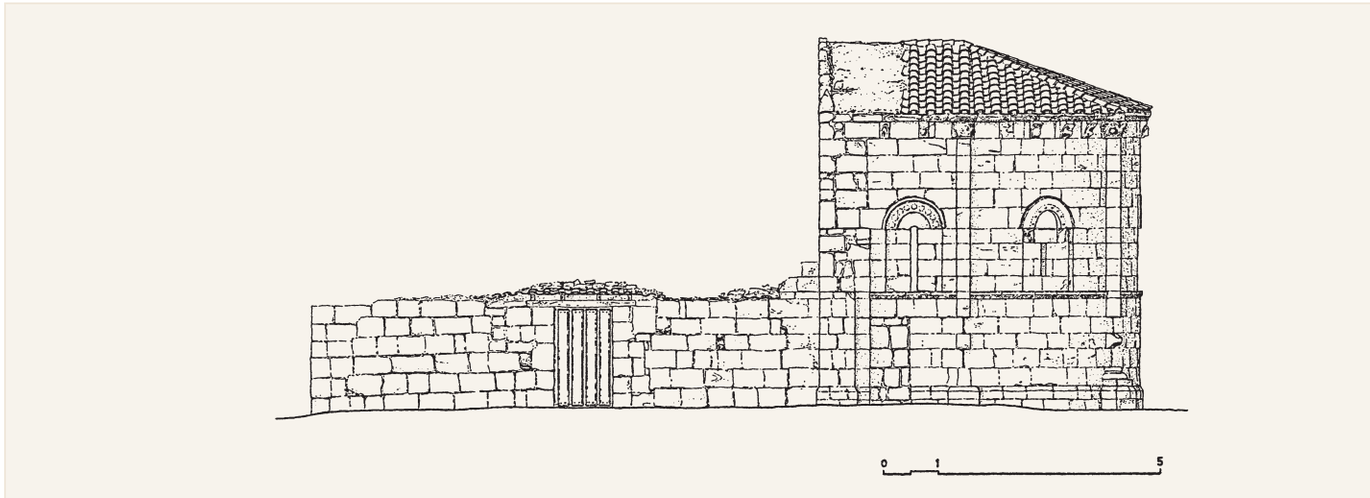
La cabecera, con sillares muy bien escuadrados, consta de ábside semicircular y tramo presbiterial, todo en avanzado estado de deterioro, donde el abandono secular ha provocado una fuerte erosión en bóvedas y muros a causa de las humedades, que están deshaciendo la piedra. Ambos espacios tienen la misma anchura y altura y constituyen prácticamente una estructura unitaria pues dos semicolumnas entregas separan los tramos rectos del curvo, mientras que el tambor absidal queda dividido a su vez en tres paños mediante otras dos semicolumnas, que como las anteriores constan de basas áticas sobre corto podio y plinto, y capiteles decorados que sostienen el alero. La más meridional de las cuatro cestas –la que separa presbiterio y ábside–, aunque muy erosionada, muestra a un caballero apeado de su montura, vestido con túnica y armado de casco, escudo ovalado y espada, además de una

Restos de la cabecera



Planta

Alzado sur



Capitel con guerrero

Capitel en la fachada norte

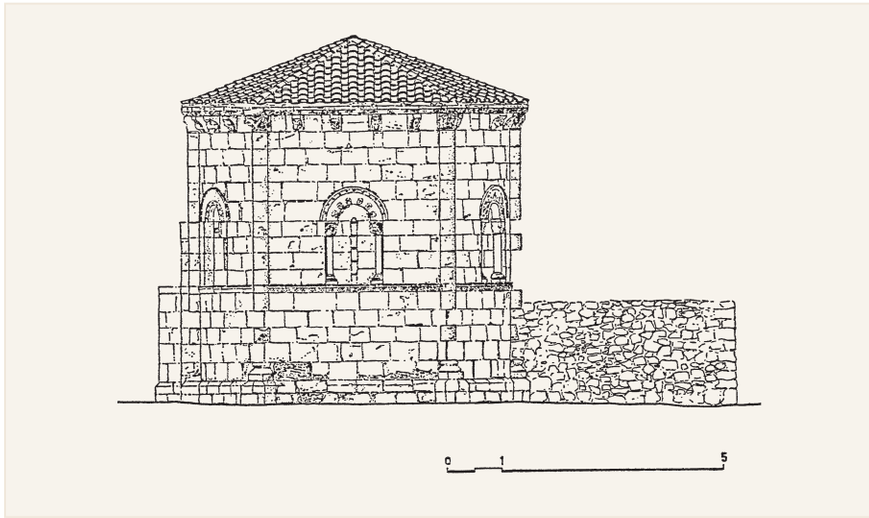
Alero del ábside

Capitel y canecillo

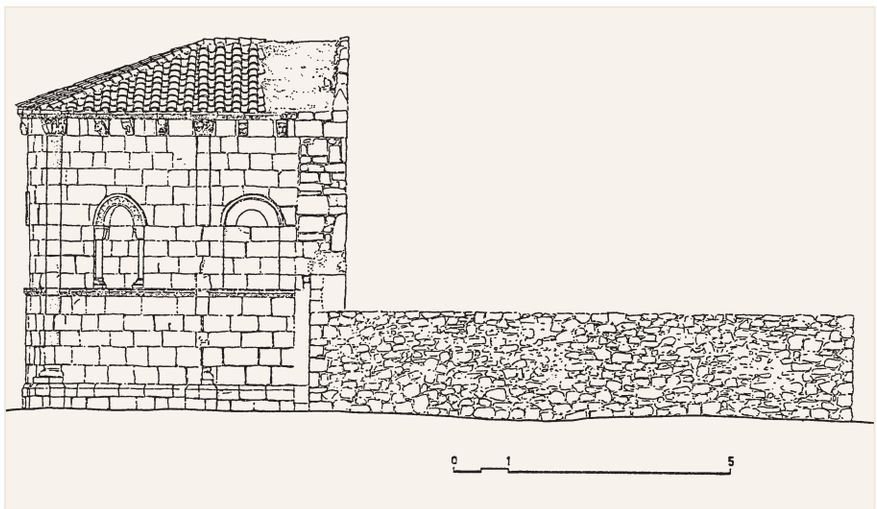
lanza con la que ataca a un cuadrúpedo, aunque entre ambas figuras, en el frente, parece intuirse una tercera prácticamente desaparecida. El siguiente capitel alberga unas grandes formas en aspa, rematadas en cabezas antropomorfas y acompañadas por otras cabecitas de aspecto felino, un motivo que viene a repetirse en Vallejo de Mena, Butrera, Siones o Tabliega de Losa. El tercer capitel muestra a un grupo de seis soldados que se esconden tras sus escudos ovalados –alguno casi de cometa–, asomando por encima las cabezas tocadas con casco. La última de las cestas –en caliza, como las anteriores–, que de nuevo separa ábside y presbiterio, presenta a cinco guerreros, sobre una especie de almenado puntiagudo, con rodelas y cascos, uno de ellos blandiendo la espada. El hecho de que estos dos capiteles con soldados sean contiguos y que los escudos sean tan diferentes, quizá haya que interpretarlos como un misma escena en el que los de los escudos ovalados o de cometa sean cristianos y musulmanes los que portan rodela.

Acompañan en el sostenimiento de la cornisa, decorada con celdillas cuadradas, un conjunto de buenos canecillos, generalmente figurados. En total se conservan 14 de los 16 canes que hubo en esta cabecera, dos en cada muro del presbiterio y cuatro en cada paño del hemiciclo. De sur a norte registran los siguientes motivos: 1: águila, 2: motivo vegetal calado, 3: desaparecido, 4: tortuga, 5: cuadrúpedo, 6: cuadrúpedo (¿leoncillo?), 7: cabra, 8: bola sujeta con cinchos en aspa, 9: cabeza lobuna, 10: cabeza con capucha y toca, 11: roto, 12: cabeza felina, 13: figura humana con un objeto en la mano (posiblemente una lanza), 14: triple nacela , 15: cilindro calado, 16: cabeza grotesca que se lleva las manos a la boca.

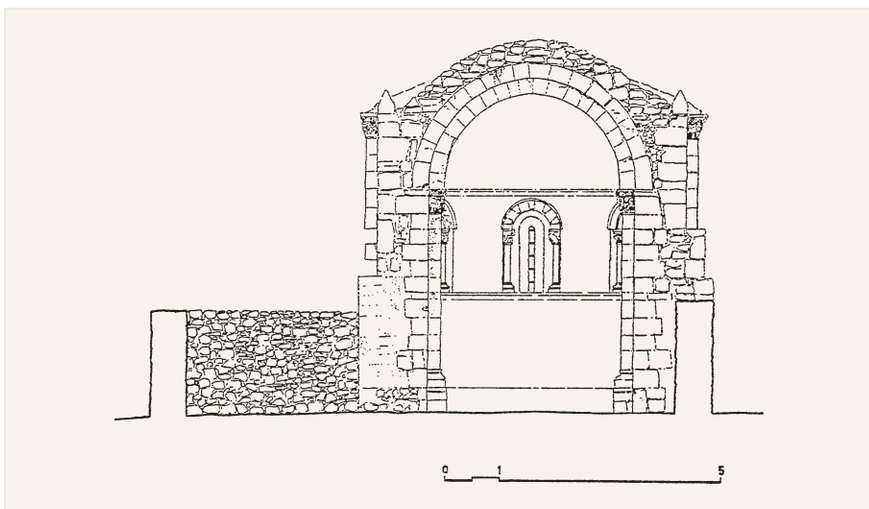
Así pues podemos hablar en total de cinco paños, tres centrales curvos y dos laterales rectos, recorridos todos por una imposta central, con ancha pero somera escocia bajo la que se dispone un ajedrezado. En cada uno de los



Alzado este



Alzado norte



Alzado oeste

Ventana del testero

Interior de la cabecera

paños se dispone un ventanal, aunque la protección contra el frío norte aconsejó que sólo el central y los dos meridionales estuvieran abiertos con saetera, mientras que el septentrional del ábside y el del mismo lado del presbiterio son ciegos, en realidad falsos ventanales. Aun así todos ellos tienen la misma estructura: amplio paño central –con o sin saetera– enmarcado por arco de medio punto y guardapolvo, tallados ambos en un mismo bloque de piedra arenisca, apoyando en dos columnillas, desaparecidas en varios casos.

Haciendo un nuevo recorrido de sur a norte, la ventana sur del presbiterio tiene chambrana lisa y arco decorado con bezantes, sin que se conserve nada de los soportes. Le sigue la primera ventana del hemiciclo absidal, en la que el arco tiene un regruesamiento achaflanado en el intradós, con medias bolas, elementos que se repiten en la chambrana, y como en el caso anterior han desaparecido completamente las dos columnillas. La ventana central del ábside esta mejor conservada, con el guardapolvo decorado con medias bolas y el arco recorrido por seis pequeños arquillos de medio punto en cuyo interior aparecen cabecitas humanas, un motivo que vemos también en las iglesias de Siones o Butrera; sus dos columnillas se rematan con toscos capiteles, el de la izquierda queriendo representar una cabeza caprina y el de la derecha un león. El siguiente ventanal –falso, como hemos dicho– porta chambrana lisa y arco con semibezantes, conservándose también los dos soportes, cuyo capitel izquierdo, muy deteriorado, parece portar una hoja lisa, mientras que en el derecho, igualmente maltratado, figura una cabeza humana, quizá cubierta con casco. Por último, la falsa ventana del muro septentrional del presbiterio, carece de decoración e igualmente tiene los soportes perdidos.

Pasando al interior de la cabecera, se pueden apreciar los restos del revoco que cubrieron los muros, especialmente conservados en la bóveda de horno del ábside, donde se ve un primer enlucido con despiece de pequeños sillares de llaga blanca y fondo gris –probablemente gótico–, sobre el que se dispuso una especie de pesado cortinaje de gusto barroco.

Los paramentos del conjunto parten de un bancal, con una imposta de caveto y ajedrezado a media altura, sobre la que se disponen los ventanales, que reproducen el esquema visto en el exterior, pero conservando algo mejor los apoyos. Sobre los ventanales otra imposta de listel y chaflán da paso a la bóveda de horno en el ábside y de cañón en el presbiterio, separadas ambas por un arco fajón que apoya a su vez en dos columnas, una estructura que se repite en el arco triunfal que daba paso a la nave, aunque en esta ocasión el arco es doblado y apuntado. Todos estos elementos, ventanas y torales, se encuentran decorados, tal como veremos a continuación, comenzando por los vanos y siguiendo el mismo recorrido trazado en el exterior. Así, la ventana meridional del presbiterio, que ha perdido las dos columnas, decora el arco con semibezantes en relieve, unidos por la parte superior mediante arquillos, con una chambrana muy erosionada aunque parece lisa; bajo la ventana se aprecia una puerta tabicada que daría paso a la desaparecida sacristía. El primer vano del hemiciclo tiene el arco toscamente moldurado, con chambrana lisa y los dos capiteles figurados, el de la derecha con pequeñas bayas entre las que asoman cabezas de pájaro y el de la izquierda con dos cuadrúpedos afrontados, que compartían una cabeza que ha desaparecido. La ventana central decora el arco con cinco gruesos tacos –que de nuevo vemos en Siones–, con chambrana lisa, mostrando el deteriorado capitel derecho dos animales de difícil interpretación y el izquierdo con serie de medios tubos dispuestos en tres bandas superpuestas, raro motivo que una vez más nos remite a la iglesia de Siones, pero también a la de Virtus, a la de San Román de Escalante (Cantabria), e incluso a la de Vallejo de Mena, donde el tratamiento es un tanto diferente. El siguiente ventanal –falso ventanal– tiene arco con bocel y dientes de sierra, con chambrana lisa y capiteles decorados con un león y dos aves afrontadas, respectivamente. Por último, la falsa ventana del muro norte del presbiterio –bajo la que se aprecia una credencia tapada– es muy simple, con arco de grueso bocel y chambrana lisa, conservando sólo parte de una de las columnas, sin capitel.

En cuanto a los dos arcos, el que separa ábside y presbiterio luce en su lado meridional un capitel ornamentado con seis cabezas barbadas tocadas con gorros cónicos, posiblemente cascos –uno de ellos decorado con conchas–, asomando por encima de un corto follaje de hojas lisas; el cimacio es de tallo sinuoso del que nacen palmetas. La cesta frontal presenta en los laterales motivos vegetales –con algún molinillo–, mientras que en el frente un deteriorado caballero, con la espada desenvainada, mira hacia una figura que sostiene un manto o capa entre sus manos, escena que quizá se refiera a la "despedida del caballero", aunque la figura a pie no parece que tenga rasgos femeninos. También es posible que estemos ante la escena de San Martín partiendo la capa para el pobre, como ha señalado algún autor. El cimacio se compone de dos órdenes de entrelazo o greca con trépano central.

El arco triunfal porta en su capitel meridional tres niveles de pequeñas hojas lanceoladas que se enrollan en sus puntas, a modo de zarcillos, formando volutas, acompañadas por alguna cabecita humana; por su parte, el cimacio luce en las esquinas cabezas felinas de cuyas bocas surgen cintas perladas que flanquean a tres cabezas humanas que se disponen en el frente. La cesta septentrional tiene una

Detalle del hemiciclo

Ventana sur del presbiterio

Capitel entre ábside y presbiterio

Capitel del arco triunfal

composición más compleja, con dos escenas: en la occidental una figura humana vestida abraza a dos unicornios y en la oriental se disponen dos leones afrontados, pero con las cabezas vueltas, entre cuyas patas delanteras surge otra cabecita felina, a la vez que sobre toda la escena, en el ángulo del capitel, se dispone otra cabeza, humana y barbada. Se ha querido ver aquí una representación de la Ascensión de Alejandro y quizá la relación entre hombres y animales –en ambos casos–, así pudiera indicarlo, pero a los cuadrúpedos les faltan las alas, elemento imprescindible para poder volar hasta los cielos. El cimacio es de celdillas cuadrangulares, con cinco bolas colgantes recorriendo el frente.

De la primitiva nave románica no es mucho lo que queda, aunque se puede apreciar en el lado sur la conexión con la cabecera, que se hace a través de una pilastra o contrafuerte que soporta los empujes del toral. El muro norte ha desaparecido al ampliarse el cementerio, mientras que en las fachadas sur y oeste se llegan a apreciar algunas reformas sobre el paramento original que afectaron a buena parte de la estructura. Otra remodelación mucho más reciente construyó la puerta actual, en el lado del mediodía, donde casi con seguridad se debió encontrar la original románica.

A pesar del lamentable estado de conservación, se puede apreciar claramente la existencia de al menos dos escultores, uno de mayores recursos artísticos, que trabaja en los cuatro capiteles de los arcos interiores, en los que rematan las columnas entregas del exterior y en la mayor parte de los canecillos, y otro –o quizá otros–, de menor pericia, que hace los capitelillos de las ventanas, uno de los cuales puede ser el que se conserva en la parroquial de San Vitores. Ambos artífices trabajan no obstante en el mismo ambiente que a finales del siglo XII está levantando algunos de los más importantes edificios en la comarca de Las Merindades, especialmente en Losa y Mena, como se ha venido reseñando. En el caso de Bárcena el referente más cercano, al menos en cuanto a recursos decorativos, quizá sea Siones, aunque no parecen las mismas personas las que participan en una y otra obra.

Texto y fotos: JNG - Planos: MOGG

Bibliografía

ALONSO ORTEGA, J. L., 1990, p. 86; CANA GARCÍA, F., 1992, pp. 702-703; GARCÍA SÁINZ DE BARANDA, J., 1934 (1988), p. 122; LÓPEZ MARTÍNEZ, N., 2001, pp. 74-75; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 68; PALOMERO ARAGÓN, F. e ILARDIA GÁLLIGO, M., 1991-1992, t. IV, pp. 19-20; PALOMERO ARAGÓN, F. e ILARDIA GÁLLIGO, M., 1995, p. 127; PÉREZ CARMONA, J., 1956 (1986), pp. 15, 18-19, 37, 44, 45; PÉREZ CARMONA, J., 1959 (1975), pp. 75, 92, 110, 234-235; RUIZ VÉLEZ, I. *et alii*, 1986, pp. 67-68, 115, 127; SÁINZ SÁIZ, J., 1991, p. 24; VALDIVIELSO AUSÍN, B., 1999, pp. 95-96; VILLASANTE ORTEGA, Á., 2001, pp. 12, 80-81, 83.